

# Los dones de una poetisa pugilista

LUISA ULIBARRI

Con esa manía que tiene de andarle pegando a los hombres -Enrique Lafourcade, su blanco favorito- Stella Díaz Varín cosechó fama boxerial dentro y fuera de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH). La voz ronca, especialmente cuando imposta a lo marinero, actitud desafiante y aspecto de colorina tempestuosa a la que no le caen los

maceteros en la cabeza "así porque sí, sino porque los voy empujando". Stella Díaz es no obstante, una mujer cálida, sola y generosa. Dentro de poco publicará su libro premiado por la Municipalidad de Ñuñoa, *Los dones previsible*, y el manojito de papeles aún tipeados a máquina rezuman promesas azules para el hijo que ama, palomas vola-

doras, vigiliadas y homenajes a una humilde arenera. Fueron 50 mil pesos los del premio y le sirvieron para pagar las muchas cuentas de gas y luz que acumulaba en su departamento de calle Grecia. Contradictoria mujer es Stella Díaz quien una vez bajó de La Serena a Santiago, bella y joven. Melena pelirroja abundante y dispuesta a estudiar.

Pero terminó viviendo —y bebiéndose— todas las noches los vinos bohemios de *El Bosco*. Tenía menos de 20 años y fue la primera mujer que entró y golpeó fuerte en el mítico bar—restaurant. De ahí no la paró nadie. Ha estado en el centro de todas las polémicas verbales y literarias. Se fue a los puños con Lafourcade un 25 de mayo en pleno refugio López Velarde, y a la semana siguiente el escritor la coronaba campeona de Titanes del Ring, desde un artículo central en la revista *Qué Pasa*. "Le pego a la gente que no entiende con palabras", dice tragando una piscicola. "No es que tenga una lista de gente para pegarle, pero hay que darle con salsa a los idiotas. Las empujando con hombres, porque siendo franca, a veces me parecen verdaderamente desagradables, machistas y arcaicos", explica, a pesar de que sus mejores amigos son Jorge Teillier, Enrique Lihn, Armando Cassigoli y Carlos Olivarez.

"Vámonos a Cartagena"

Autora de libros que ya no se ven, *Razón de mi ser*, *Sinfonía del hombre fósil* y *Tiempo, medida imaginaria*, Stella Díaz nació, confiesa, el 30. Pero parece que hubiera vivido siempre. Cuando *lola*, Estelita, la Colorina, la Rucía, se amanecía en los bares con Ricardo Latcham y Pablo Neruda. "Era bonita, no como ahora que parezco yegua roana. Estoy overa". Escribía en *La Opinión* y un día Vicente Huidobro la vio y le dijo, "Vámonos a Cartagena". Tenía 18 años la colorina y "me dio miedo ese hombre que tenía fama de tan vivo y había estado en la guerra." Ahora, pobre del que no le tenga miedo a ella, porque asustar al prójimo es su vocación y divertimento fundamental. Pero igual ha amado con pasión a dos hombres: su marido, el pintor y arquitecto Luis Viveros con el



Stella Díaz: "Mi muerte será de un sacudón, con cero agonía".

que estuvo casada 16 años —"le construí una casa con mis manos"— y al italiano que no nombra, y la dejó por celoso. "Ahora estoy sola. No te niego que me gustaría una pareja, pero tengo cierto sentido de la estética y los hombres que miro, además de feos, son unos jubilados decadentes que lloran miserias".

En los años espléndidos de la bohemia santiaguina, Stella Díaz alojó en su casa cuatro días al poeta de las flores, Allen Gin-

sberg. Compartía junto a otros 20 escritores una mesa casi vitalicia en *El Bosco*: "Nos prestaban cucharas para el pebre y 20 vasos. Amanecíamos hablando de arte y poesía. Había un loco lindo que, cuando murió su mujer no se sacó más la corbata: una media negra de la difunta." Aletazos también pegaba entonces, como recuerda la garzona Leontina que hoy atiende *La fuente italiana* en calle Bulnes. "Se equivocan los que dicen que mi derecha es temible. Yo pego con la izquierda a los tontos,

ignorantes e insolentes". Con otro grupo de amigos literatos —Luis Oyarzún, Eduardo Anguita y Carlos de Rokha— los encuentros eran mas *suaves*. En el café *Iris*, en torno a pura leche con vainilla.

Una mujer imparabile

Embustrosa, imparabile, gritona en las reuniones y ceremonias, se cuenta que en el acto de celebración de la Generación del 50 en la casa central de la Universidad de Chile (1956), con Juan Gómez Millas a la cabeza, se empezaron a escuchar boches y gritos en la galería. Otra pelea de la pelirroja con Lafourcade. Tanto fue el revuelo que la invitaron a subir al escenario y Gómez Millas, a pedido de ella, se tapó la cabeza, ojos y oídos con la chaqueta para no escuchar.

Por eso, no se explica por qué la gente la quiere y se preocupa por ella cuidándola en los peores momentos. "No he hecho nada para que me quieran. Al revés, soy tan *requetefregá*". Las amigas le prestan ropas finas y como tiene porte y estampa las luce con donaire. Fuma como si fuera fin de mundo, sobrevive pintando acuarelas y realizando memorias de universitarios con "papás de plata". Y a la SECH va, y cuando no está se nota con creces. El año pasado, Stella Díaz batió allí un *record*. Fue la primera en dar un recital pagado que se llenó de bote en bote.

Ahora, amenaza publicar sus memorias donde no dejará santo con cabeza. Provocadora sempiterna, Stella Díaz es una creyente fervorosa en el ser humano. No le tiene miedo a nada porque le ha pasado de todo. Tiene fe en sí misma como una kamikaze suicida, y a la hora de pensar en la muerte, dice que no se va a dar la lata de agonizar lentamente. "Mi muerte será rilkeana, de un sacudón, con cero agonía," concluye.